

Capítulo

1

Ducado de Bretaña (Francia)
Año IIII del rey Robert
Año de la Encarnación de 999

Diríase que el señor conde venía adormecido sobre su caballo, mismamente como los hombres de su compañía, excepto el abanderado que había de permanecer muy atento y con el estandarte en alto para que los que avistaran o contemplaran el paso de la comitiva supieran que se trataba de don Robert de Conquereuil, que regresaba a casa después de hacer la guerra a quien la hubiere hecho, o de servir al duque Geoffrey de la Bretaña, su señor natural, en la tarea que éste le hubiere encomendado.

Pero no, que los que tal suponían erraban de medio a medio, porque don Robert de Conquereuil, aunque de tanto en tanto cerrara un instante los ojos, venía, de tiempo ha, en agrias meditaciones o, dicho con exactitud, rumiando su desdicha. Su infortunio, adversidad —llámesele como se quiera—,

un sentimiento ora de rabia ora de dolor. Su inacabable cuita era, después de todo, pues que —exagerando más de la cuenta— pensaba que su desgracia habría de acompañarle incluso cuando descansara en su sepultura. E iba mascullando su mala suerte —que tales palabras manejaba—, pese a que era fama, que haber había engendrado diez bastardos, si no veinte, en razón de que había empreñado decenas de mujeres, ya fueran pastoras, labradoras o criadas, por doquiera hubiera encaminado sus pasos o blandido su espada, dejando un sinnúmero de hijos de la Bretaña a la Aquitania, y que todos habían venido enteros al mundo y sin que un dedo les faltara.

Era voz común también que, cuando le ocurrió lo que le sucedió, para percatarse de que sus descendientes no carecían de ningún miembro del cuerpo ni sufrían deformidad, había enviado sirvientes por las tierras donde había holgado a preguntar y a entregar una bolsa de monedas a las madres, para que se compraran una cabra o, en otro orden de cosas, una saya de brocadillo o algún unguento para la cara que las hiciera más hermosas y, de paso y como si se arrepintiera de sus pecados, aliviarles el trance que les hiciera sufrir. Y había constancia de que todos sus mandaderos habían vuelto con la misma noticia: el hijo, la hija, de la Tal, de la Cual o el de la que vivía en Orleáns o en Poitiers —de las que recordaba el nombre o se podían situar en un espacio determinado— etcétera, no tenían taras y eran niños o niñas alegres y vivarachos que se criaban bien, que les habían quitado la teta o que no la habían abandonado todavía y que, Dios mediante, cuando fueran mayores serían buenos mozos o buenas hembras.

Esto que hubiera contentado a cualquier hombre, a don Robert no. En razón de que, después de ocho años de matrimonio, no había tenido hijo varón y sí dos hijas en los primeros veinte meses de su unión con la señora Poppa, su mujer.

Una de ellas, la primogénita, llamada Mahaut, era bella como las estrellas del firmamento, pero la segunda, de nombre Lioneta, era un monstruo que se afeaba y se deformaba de cuerpo conforme avanzaba en edad, amén de que no crecía ni aumentaba de talla el negro de una uña, y que su hermana, cumplidos los siete años, ya le aventajaba dos palmos. Por eso, de tanto en tanto, entornaba los ojos, quizá para no recordar la imagen de la criatura. De la pequeña; que era enana y fruto de su semilla, de su mala semilla en este caso, cuando, vive Dios, tan buena la había tenido, como sobradamente había demostrado, por casi todas las viejas Galias.

E iba don Robert en este cavilar más que fastidiado, enojándose a cada paso del caballo que le acercaba a su casa, y eso que había salido el sol para recibirle, bendito sea el Señor, sintiendo el aire fresco del mar y sufriendo la calor húmeda de su tierra. Y andaba a un par de millas de su castillo de Conquereuil, cuando los perros ladraron y el abanderado dio la voz de que se aproximaba una compañía. Al grito, los hombres se asentaron en sus cabalgaduras, aprestaron sus lanzas y echaron mano a las empuñaduras de sus espadas porque nunca se sabe quién puede aparecer por los caminos, pero el conde, que tenía buena vista, distinguió, al momento, su estandarte. Lo anunció y todos sus soldados se alegraron en razón de que los del castillo salían a recibirlos y traerían agua fresca, sidra y algo de comer.

Se holgaron todos, salvo el conde que no aceleró la marcha, pese a que pronto saludaría a doña Poppa, su querida esposa y señora, a quien amaba sobre todas las cosas y, de consiguiente, deseaba abrazarla y yacer con ella, con aquella mujer de gran corazón y, ay, de carnes prietas. Y es que cruzaba mirada con los ojos tan parleros que tenía y le latía el órgano rector y, si continuaba más abajo, adivinaba sus abundosos

pechos bajo sus ricas vestes y, si seguía más abajo, presentía su cálido vientre y, sin poderlo remediar, se le alzaba el demoñejo que alojaba en sus partes de varón. Tanta era su pasión por la dama que, cuando estaba en campaña se encomendaba a ella antes que a Dios —no se lo tenga en cuenta el Señor, pues actuaba como enamorado y, en tal estado, hombres y mujeres suelen hacer necedades—, amén de que, en lo más encarnizado de cualquier combate, cuando la sangre corría a ríos y las cabezas de los hombres caían segadas por las espadas, no le hubiera importado miaja que lo atravesara una lanza con tal de que lo atendiera doña Poppa en su postrer momento, siempre que pusiera los sus labios en sus labios y bebiera su último aliento. A ratos llegaba a decirse que la quería tanto o más que aquel Lanzarote —el que andaba en las canciones de los trovadores y otras gentes de mal vivir— que había amado a la reina Ginebra o como el rey Robert, el segundo, de la Francia que, después de repudiar a su primera esposa, pues no le había dado hijos, quería hasta el infinito a doña Berta de Borgoña, su segunda mujer, y por ella, que era su prima hermana, mantenía agria disputa con el Papa de Roma que, dado el parentesco entrambos, amenazaba con excomulgarlos, lo cual no era cuestión baladí. Por estos negocios, por el amor de Lanzarote, aunque fuere leyenda, por el más cercano del rey Robert y por lo que le dictaba su propio corazón, él también podía decir que vivía una bellísima historia de amor apta para ser cantada por cualquier tañedor de vihuela. Quizá mucho más la suya que las de los otros puesto que doña Poppa, a más de ser mujer virtuosa, había sido sólo suya, mientras doña Berta había enviudado del conde Eudes de Blois, y la reina Ginebra, por mucho que el asunto se hubiera querido tapar, había actuado como una moza de burdel, como si fuera puta sabida, hablando claro, en razón de que le había puesto cuernos nada menos que al

gran rey Arturo Pendragon. De consecuente —tal pensaba el conde—, doña Poppa merecía todo su amor y más que pudiera darle hasta el fin de sus días, máxime porque las pastoras o campesinas que había violentado para yacer con ellas o las mujeres en común a muchos a las que había pagado o regalado para lo mismo, habían constituido para él mero divertimento y simple desahogo.

Pero, pese a la bella imagen de su mujer, que representaba en su sesera, y a que iba a descansar y a ser servido en su castillo por los muchos criados y siervos que tenía, el buen conde Robert no se albriciaba, no, al revés. Conforme se acercaban las dos comitivas, su descontento aumentaba y se desahogaba más y más, pues le venía a la mente la estampa de Lioneta, su hija, y todo lo que tenía previsto contar de sus correrías y hazañas se le embarullaba en la cabeza e incluso sus amores abandonaban sus pensamientos y le venían arcadas al estómago. A él, maldita sea, al conde Robert, descendiente del mismísimo emperador Carlomagno y de otros grandes hombres, a él, que era primo del duque Geoffrey, su señor natural, y el más aguerrido de los capitanes, que le había confirmado en feudo la fortaleza de Conquereuil, situada en la Bretaña, entre las ciudades de Rennes y Nantes —que ya disfrutaran sus antecesores, por gracia de los antepasados del duque—, y las tierras que se veían e incluso muchas otras imposibles de alcanzar con la vista desde cualquier punto del condado, en razón de que por el norte llegaban al mar, pues así de extenso era su predio.

Y se lamentaba, pues que vería incluso antes a sus hijas que a doña Poppa porque, como niñas que eran, se apearián de la carroza como dos torbellinos; la enana Lioneta, la primera pues era la más movida de las dos, y él habría de hacer una vez más de tripas corazón; tal preveía.

Cuando doña Poppa fue avisada por los vigías de las torres de que su marido y señor regresaba al castillo, se sobresaltó. No porque no lo esperase, no, que lo aguardaba todos los días rezando para que volviera presto y, aunque tardara, mantenía esperanza de que lo haría sano y salvo, a más de cubierto de gloria, pues no en vano era el paladín de la Bretaña y tanto el rey de la Francia como el duque de la Aquitania hubieran dado una mano porque militara en sus filas y le hubieran otorgado muchas más tierras de las que disfrutaba de don Geoffrey, en razón de que, siendo el más joven de los condes del anterior duque de Bretaña, don Conan el Tuerto, que haya Gloria, sobrevivió a todos los capitanes —al citado incluso—, y él solo defendió el castillo de Conquereuil. Y hubiera arrojado de allí al sitiador, a don Fulques el Negro, conde de Anjou, a no ser porque don Geoffrey, el sucesor del duque muerto y todavía un muchacho, le ordenó entregar la fortaleza que, mira, una vez rescatado el cuerpo del fallecido del campo de batalla y firmadas paces con el Negro, le confirmó la tenencia por haber defendido la plaza mismamente como lo hubiera hecho el glorioso Carlos Martel, por ejemplo.

Ante la buena nueva, a la condesa se le iluminaron los ojos y dejó su bordado —un tapiz de una vara de largo por media de ancho en el que, con buena mano y mucha paciencia, gloriaba la hazaña de su esposo y en el que llevaba más de un año ocupada—. Se levantó con presteza del escabel, y salió a la almena por ver si atisbaba la comitiva, pero no vio nada, y se complugo. Porque, Santa María Virgen, que iba vestida de trapillo y había de aviarse, otro tanto que a sus hijas que, alertadas de la llegada del padre, se habían puesto a dar saltos por el aposento, pues que niñas eran. Y ordenó a sus damas que le prepararan tal veste y tal cofia, y tales trajes a sus niñas, y que las vistieran, y tal afeite para ella, y que sacaran de su azafate el

perfume de alegría —el que más gustaba al conde— y el rojete para las mejillas y el palo de raíz de nogal para colorearse los labios e, ítem más, sus joyas para elegir éstas o aquéstras.

Fue un correr en la habitación de la dama, pero muy pronto todas estuvieron aviadas, y no sólo eso, emocionadas, cuando montaron en el carruaje, pues que el mayordomo del castillo, aparte de un piquete de soldados, agua, sidra y vianda abundante, se había ocupado de llevar un par de gaiteros para salir a recibir a su señor.

E iban las mulas al paso, hombres y mujeres albriciados, las niñas asomando la cabeza por las ventanillas. La *naine*, la enana Lioneta, con los ojos encendidos, correspondiendo con inmenso odio a las miradas que le deparaban los soldados y criados del séquito que, mira, como se estaba dejando ver, como asomaba buena parte de su cuerpecito por la ventanilla, tenían ocasión de contemplarla. Es menester decir que las gentes de la población tenían pocas oportunidades de verla, pues que si la criatura salía del castillo lo hacía escondida, pues se envolvía hasta casi desaparecer entre los muchos vuelos de la saya de su madre o de la de su aya, precisamente para evitar los ojos de hombres y mujeres —lo que resultaba sorprendente, pues que ambas, mejor dicho las tres, se habían acostumbrado a andar ella con ellas, y conseguido ajustar el paso, ocho o nueve de la niña por uno de las mujeres quizá— o bien madre y aya la metían en una bolsa con dos agujeros para las piernas, mismamente como las que llevaban las campesinas cuando con sus hijos menores realizaban labores agrícolas, pues que necesitaban de las dos manos, y se la echaban a la espalda o al pecho, y ella sacaba la cabecita de vez en cuando y, claro, el personal la observaba curioso y cierto que también desdeñoso o burlón. Del mismo modo que cualquier persona que veía a la pequeña, ya fuera por primera vez, ya la hubiera visto mil veces, pues que,

al parecer, las gentes no podían dejar de mirar, de examinar o de escrutar a aquel ser diminuto, cuando bien podían mirar el cielo y admirarse de la obra de Dios. Además, dada su grotesca estampa, lo hacían con mofa y, pese a su poca edad, no pasaba desapercibido a la criatura y por eso de sus ojos emanaba altivez y, aunque no levantaba dos palmos del suelo, se permitía gritarles y ellos huían espantados y se santiguaban creyéndola diablesa.

En este viaje, cuando la niña se cansaba de arrojar odio por sus ojos, se entraba en el carro condal y, por el contrario, miraba con infinita ternura a su señora madre y a su aya, las únicas habitadoras del castillo que la querían bien, según se aducía, según manifestaba a veces llorando a las dos y, en esta ocasión, también a su hermana, pese a que tan pronto la quería como no la quería, pues la insultaba —cosas de hermanas— llamándola *naine* o la miraba mal o le hablaba con retintín o la acusaba de su mala facha con luengo silencio, es decir, con desprecio al igual que los sirvientes de la casa. Eso que los niños sienten quizá antes de abandonar la cuna, pues confían en unas personas y temen a otras, sin que nadie les prevenga ni les diga tal o cual:

U:

—Ojo con ése o con ésta...

O:

—Si las buenas gentes desvían la mirada al cruzarse contigo o las malas te observan con descaro o te hacen burla, no hagas caso, tú como si no existieran. Tú eres la segunda en heredar las tierras de tu padre y las mías, y lo más importante tienes una madre que te quiere...

—Y una hermana que te defenderá de los dragones y de los monstruos de la mar y de la tierra. —Tal sostenía Mahaut cuando estaba de buenas.

—Y un aya que daría la vida por ti.

Para cuando las dos comitivas se juntaron, don Robert de Conquereuil ya había superado al abanderado, ya cabrioleaba su caballo a la puerta del vehículo de la condesa y ya asonaban las gaitas dándole la bienvenida. Ya las niñas, asomadas, movían sus manitas queriéndole tocar y bajando del carro alborotaban alegres y revoloteaban en derredor de hombre y bestia, y también llamaban a los perros del caballero, cada una a su manera, claro, Mahaut con su dulce voz y Lioneta con su voz estridente, y saltaban de alegría niñas y bichos pero, pese a aquellas muestras de cariño, empezó a alterarse más, si cabe, el ánimo del padre al ver a la *naine*, pues que venía descompuesto, como dicho va.

Pero fue que doña Poppa, su mujer, distendió la situación sin querer, pues que, al apearse, se le cayó dentro del vehículo la cofia con la que se había adornado —la más alta que tenía, en virtud de que en las villas y aldeas de la Bretaña las mujeres parecían competir por lucir en sus cabezas la cofia más alta de todas— y se le desbarató el cabello y perdió las horquillas y, mira, que la dama se echó a reír y cruzó una mirada cómplice con su esposo, y éste, como no podía ser de otra manera, sólo tuvo ojos para ella, sobre todo para lo que no veía, para lo que tapaba su rico corpiño y su magnífica falda y, sonriendo, en apariencia al menos, se sumó al contento general. Entregó el caballo a su escudero, dio a besar la mano a su esposa e hijas —a una de ellas con reparos, tragando saliva y haciendo grande esfuerzo por no retirársela y no hacerle desaire delante del personal y que lo vieran todos— y ellas se la besaron y, ya tras tomar un poco de refrigerio y beber un vaso de sidra, se subió al carro con su familia camino del castillo.

Durante el recorrido, sus tres mujeres, a más de repetirle una y otra vez que lo habían echado a faltar, le fueron preguntando por sus guerras, por su larga ausencia, por el duque

Geoffrey, por el rey Robert y por otros señores, la enana también. Tanto habló Lioneta que el conde alegó cansancio, pues que no había dejado de cabalgar en tres jornadas, para que doña Poppa hiciera callar a sus hijas. Pero mintió como un bellaco, porque, en realidad, no soportaba la presencia de Lioneta ni en aquel momento su interminable verborrea. No obstante, cambiaba miradas con su esposa y le hacía muecas cómplices, porque sonrisas no eran aunque por tal las tomara la dama, pidiéndole lo que todo hombre solicita a su mujer después de larga ausencia o a diario, que de todo hay.

Antes de cruzar el río y atravesar el puente levadizo de la fortaleza, ya se habían sumado a la comitiva numerosos labradores, que habían abandonado sus labores y otros muchos, menestrales y gentes de oficio, y esperaban y saludaban con los brazos en alto la llegada de su señor. Así las cosas, una multitud se apiñaba en el patio de armas del castillo.

El conde se apeó de la carroza, dio la mano a su esposa, y ambos saludaron a aquella tropa vocinglera que los aclamaba. Como siempre, don Robert, dada su alta estatura —que demostraba que había estado en su infancia mejor comido que los demás—, destacó entre todos y sus vasallos pudieron contemplarlo a satisfacción, porque medía casi dos varas y llevaba a los hombres más fornidos una cabeza. Además, es menester decir que apuesto era cuando llevaba armadura y hasta galano cuando llevaba buenos ropones y la barba bien recortada, tal se comentaba y se constataba entre las gentes de la población que, de un tiempo acá, comenzaban a instalarse en torno al castillo formando ya una próspera villa.

Y visto y saludado el señor, visto y saludado; vista la condesa y admirado su bello y dulce rostro, cuya blancura resaltaba pues que se había untado con albayalde, y vistos sus ricos ropajes, vista y admirada, pero fue que la multitud desea-

ba ver a las niñas: a Mahaut y sobre todo a Lioneta. Para compararlas y sobre todo para hablar de la fea y de la maldición que sufrían los condes e, ítem más, de la mala cara que traía don Robert o de sus devaneos amorosos, que llevaban fama por el condado todo y más allá; de la dignidad con que doña Poppa llevaba su desgracia, etcétera y, como había tanto gentío y todos querían acercarse a los señores haciéndose paso a codazos o a empellones que fuere, a la par que cruzaban entre ellos palabras gruesas, como comenzó aquí una trifulca y allá otra por un quítame allá esas pajas, el conde, que no tenía gana de enfrentarse con sus vasallos ni de poner orden en el vocerío, dio por terminada la bienvenida, entró en el castillo y las gentes de su casa le siguieron.

Así las cosas, ninguno de los habitantes pudo decir que había visto a la bella, ni menos a la fea, ni aclarar si ésta ya levantaba dos palmos o tres del suelo, y los compadres lo sintieron pues eran curiosos sobremanera, tanto o más que las comadres. No obstante, luego en todos los hogares se volvió a hablar del «engendro» o de la «monstrua», por no llamarle «demonia», y no mentar a Satanás —tal nombre le daban, perdóneles el Señor—, y algunos hombres se jactaron de que ellos, pobres labriegos, tenían mejor semilla que todo un señor conde y, a la vista de sus hijos, rieron con un vaso de sidra en la mano, pese a que bien sabían que Dios camina a veces por senderos torcidos y que, a lo largo de la vida, pocos son los que escapan de sufrir una desgracia u otra.

En los aposentos de la condesa, las tres mujeres de don Robert recibieron con mucho contento los regalos que les había traído su padre y marido: las hijas una muñeca de trapo para cada una y la esposa un collar de perlas gruesas casi como huevos de